

HUMANISMO Y TECNOLOGÍA: ALGUNAS IDEAS PARA SALIR DE LA EXCLUSIÓN.

Alejandro Ocampo Almazán (México).¹

Cuando las ideas del pasado pierden su fuerza actual es precisamente cuando cobran nueva actualidad. Ya no sirven para el presente y entonces llega su “momento crítico”. La crítica nos permite recuperarlas en su brillo original; o sea, captar esas razones de su origen que la propia vigencia estuvo ocultando.

Eduardo Nicol.

El diagnóstico está hecho, no es difícil advertir su agudeza y hasta su apego a la verdad. Basta por caminar por las calles de cualquier ciudad del mundo, contemplar cualquier medio de comunicación, asomarse a Internet, escuchar la plática de los jóvenes en alguna cafetería, entre muchas más: nos encontramos frente a una realidad difícil de entender, difícil de vivir y, paradójicamente, caminamos por senderos en los que no sabemos dónde terminaremos.

Sin embargo, más allá de continuar con el discurso pesimista y poco alentador, es necesario dejar claro que no es la primera vez que nos encontramos en una situación similar; pensemos, por ejemplo, en la difícil transición de la era Medieval a la del Renacimiento o el camino de la Ilustración. Esto es, mediante nuestras propias creaciones, hemos transformado nuestro ambiente y, de hecho, nuestro ambiente nos ha transformado a nosotros aun cuando no nos hayamos percatado de ello.

Una de las características de las llamadas Ciencias Sociales es la de ser teóricas, es decir, por más que lo intentemos y hasta probabilidades establezcamos, la realidad es que no podemos hacer predicciones exactas susceptibles de generalizar sobre determinados hechos en el presente y en el futuro, ni tampoco ir más allá de erigir algunas endebles relaciones del tipo causa-efecto, pero siempre en retrospectiva, esto sin embargo, a lo largo del tiempo nos ha provisto de ciertos elementos con los que podemos enfrentar ciertas incertidumbres y tener no sólo un marco de referencia para entender nuestros presentes, sino para vivir en y con ellos.

Hoy, parece que todas nuestras certezas de pronto desaparecen. Ese mundo que hemos creado, cada día nos asombra más no sólo por nuestra propia capacidad de inventiva, sino por las situaciones a las que nos enfrenta y por la realidad que nos muestra. Esto, como indicamos al inicio, no es nuevo, siempre un cambio de época representa una ruptura de paradigmas y un cambio de pensamiento ¿por qué alarmarse, entonces? La pregunta sería inclusive innecesaria a juzgar por los hechos, sin embargo, es sumamente relevante si consideramos que aunque como especie hemos vivido ya más de 200 mil años, nuestra esperanza de vida individual apenas pasa los 70 años y toda la herencia que hemos acumulado es simplemente imposible de conocer por completo.

En el mismo sentido, a diferencia del resto de compañeros en el camino, los demás animales, a nosotros nuestro instinto no nos da para vivir, necesitamos entender, crear y, sobre todo, que nuestros actos tengan sentido. La ética, junto a la educación y a la comunicación, una condición tan humana, nos ha revelado que existir no es vivir, que no podemos simplemente andar por la vida, nuestra única vida, sin recibir esas pequeñas pero maravillosas dosis de humanidad, de encuentro con nosotros mismos y con los demás. Esto es lo terriblemente difícil.

Luego, este cambio de época que algunos como Lyotard (1984), Fukuyama (1992) y Lipovetsky (1986) han analizado y han denominado de distintas formas, coinciden en el desencanto, la desesperanza y, sobre todo, la certeza de que nuestras certezas ya no lo son tanto. Sin embargo, no todo puede ni debe marchar en esta línea, por lo que quizá, como Luc Ferry (2005) señala, no estamos desencantados, sino más bien, reencantándonos, comprendiendo que la ciencia y tecnología por sí solas no van a resolver nuestros problemas, que desarrollo económico no es igual a progreso y que, en nuestro extremo pragmatismo, perdimos vista lo más humano que tenemos.

Pero volviendo al punto ¿por qué nos cuesta tanto este momento? La respuesta que al menos yo he encontrado es que el cambio es demasiado rápido y lo vemos pasar frente a nosotros sin entenderlo a cabalidad y, sobre todo, sin tener claridad sobre sus consecuencias. No

tenemos tiempo de pensar, de imaginar, de vislumbrar. Como señala Javier Ordoñez (2001), filósofo de la ciencia de origen español, en estos momentos la tecnología va más rápido de la ciencia, y eso lo mismo nos arroja desde nuestra más profunda soledad a una realidad para la que no disponemos de algún marco de referencia que nos permita comprender su funcionamiento, así como nuestro lugar en ella.

El elemento central de esta época es la información y con él, la tecnología que permite manejarla y, sobre todo, utilizarla, esto es, como señala Norbert Bilbeny (2005), el conocimiento hoy no vale tanto por el saber mismo –lo que antes los griegos llamaban *scholé*–, sino por su uso eficaz, pues lo que importa es saber cómo se manejan las cosas y no cómo funcionan, el conocimiento pues, se ha vuelto profundamente técnico en la medida que cumple con criterios económicos de eficacia y eficiencia.

En medio de la confusión, algunos consideran que estos avances tecnológicos nos han puesto al borde este abismo incomprensible, lo cual es ciertamente tan irresponsable como absurdo, primero porque las creaciones son nuestras y segundo, porque tenemos que hacernos de una salida que nos permita reencontrarnos armoniosamente con nosotros mismos y con los que nos rodean. Es época de cambio no de extinción.

Luego, el reencantamiento que debemos construir pasa por el aprovechamiento de la tecnología teniendo como prioridad lo humano, es decir, no sólo entender cuáles serán las consecuencias en nuestra vida al utilizarla, como señalaba Postman (1998), sino de hecho desarrollarla a partir de una necesidad nuestra. Algunos podrán pensar que eso ya sucede, sin embargo, pese a que la satisfacción de la necesidad es importante, el principal motor del desarrollo tecnológico actual se centra en lo económico y no en lo humano. Esa es la razón por la que algunos señalan que la tecnología nos ha deshumanizado, cuando se trata en realidad de una visión económica que va inclusive más allá de la tecnología y que se extiende a todas las áreas humanas.

Ello implica, por supuesto, una redefinición de pensamientos y acciones que impactan en todas las áreas humanas. Decía Eduardo Nicol (1977), filósofo hispano-mexicano sobre el problema del hombre, que si un nuevo enfoque implica una reforma a la razón, la tarea no debe soslayarse porque sea costosa. Considero que este es el caso que nos atañe hoy día. Hay muy buenas pistas sobre el camino a seguir en las obras de filósofos como Edgar Morin (1996), Luc Ferry (2005), Pierre Lévy (2004), etc. Necesitamos discutir los caminos y hasta los ideales, sin embargo, en medio de este vendaval que implica trabajar y alcanzar lo que buscamos, he distinguido algunos puntos que pueden ayudarnos a salir de la urgencia en la que nos encontramos y, de hecho, ubicar salidas:

1. Tener claro que las cosas pueden ser de otra manera.

Derivado de esa ausencia de marcos de referencia y de confusión, en nuestras sociedades ha privado desde hace algún tiempo una especie de fatalismo, particularmente en las generaciones más jóvenes –quienes paradójicamente deberían ser los impulsores de los cambios. La idea que flota en el imaginario colectivo es que las cosas son de la manera que son y es imposible cambiarlas. Es necesario tener claro que no es así, no sólo por convicción existencialista, sino hasta por la propia historia, los pequeños cambios son los que a la larga han abierto la puerta a los grandes cambios. Lo que sucede, puedo afirmar, es que derivado de esa rapidez de las comunicaciones y del propio avance tecnológico, hemos creído que esos cambios se darían tan rápido como esa realidad y no es así.

Negar la posibilidad de la esperanza de un mejor futuro no sólo cancela y hace inviable nuestra vida en el presente, sino reduce la propia existencia humana a una mera cuestión funcional. La problemática, sin embargo, radica en lo irresponsables que podemos llegar a ser respecto a nuestra propia vida, es decir, saber que es nuestra responsabilidad el trabajar para ese cambio, que no se le puede simplemente “dejar a los demás” y que esperanza que no se trabaja es absurda.

Tenemos aún pendiente qué queremos y cómo nos organizaremos y es justo aquí donde necesitamos el segundo punto.

2.- Dialogar.

Contra lo que algunos pudieran pensar, el diálogo no es un simple intercambio de información entre dos entidades, se trata de una cuestión ontológica, una revelación del ser y una de las más distintivas actividades humanas. Gracias al diálogo aprendemos, construimos y enseñamos, de hecho, gracias al diálogo somos lo que somos. El diálogo requiere espacios, tiempos y también reflexión, no es posible pues, acortarlo delimitarlo o minarlo. Su enorme poder queda de manifiesto cuando una de las primeras acciones de los regímenes totalitarios es justamente la prohibición de cualquier tipo de reunión. El diálogo nos permite conocer, nos hace pensar y nos muestra ante los demás. La comunidad y su existencia se fundamentan en el diálogo, hoy mismo estamos aquí sobre todo para dialogar.

El diálogo es generoso porque comparte, es decir, da desinteresadamente al otro algo de cada uno de nosotros y que, si es aceptado, nos acompañará de ahora en adelante. En este sentido, necesitamos recuperar el valor del diálogo que lo mismo implica deseo de aprender como de enseñar, lo cual requiere atención, escucha y disposición. Defender el diálogo y, de hecho, procurararlo, es casi una cuestión de sobrevivencia, la única receta contra la pasividad, la indolencia y la ausencia de referentes. De ahí la preferencia de Sócrates por el diálogo, nunca la imposición, sino el descubrimiento que implica el aprendizaje mutuo y la posibilidad de descubrirse en él.

3.- Entender que la tecnología, cualquiera que ésta sea es un medio, no un fin

Una de las grandes críticas que Martin Heidegger hizo a la sociedad del siglo XX, fue la de la excesiva racionalidad instrumental. En efecto, desde ese momento y hasta ahora, nuestra preocupación se ha centrado en la perfección de los medios por sobre los fines. Nuestra obsesión es el método, el camino a recorrer, aunque para entonces ya hayamos olvidado el

destino. Esta visión se extiende a todas las áreas del conocimiento humano, la educación, la ciencia, la literatura, etc. Con la tecnología ha sucedido algo muy similar.

En relación directa con la cuestión económica, el desarrollo tecnológico se asemeja a un fin en sí mismo, completamente desconectado de la solución en la práctica que en un inicio buscó resolver y que ha pasado ya a un segundo término por la importancia de ser el primero.

Nosotros, los usuarios de la tecnología, hemos sido engullidos por esa dinámica, necesitamos estar siempre *dépêche mode* respecto a los lanzamientos tecnológicos, deseamos siempre tener lo más nuevo, lo más rápido, grande y visible, aunque hayamos perdido de vista el uso y la utilidad principal de la propia tecnología. Sólo unos cuantos realmente la utilizan al 100% de su capacidad y conocen sus capacidades a fondo.

La tecnología es un medio no un fin, el fin debe ser siempre el hombre, esto va mucho más allá de lo que la tecnología me permite hacer en un primer nivel y tiene que ver con cómo la tecnología me permite acercarme a los demás. Trabajar en resolver una necesidad lleva consigo el propiciar una relación más efectiva, cercana y crucial con el otro de otra manera ¿cuál es el sentido? Ello nos sirve tanto a productores como a consumidores.

4. Conocer Media Ecology y el legado de McLuhan.

No se trata de elogiar con la finalidad de ser elogiado, el señalamiento es debido a que después de conocer un poco más a McLuhan, gracias a los trabajos de Octavio Islas (2008) y Robert Logan (2013), definitivamente he podido comprender mejor el significado de la ecología de los medios. Para nosotros los Latinoamericanos, fue difícil la comprensión de McLuhan porque estábamos tan absortos en criticar la televisión y la imposición cultural norteamericana –en ocasiones con más hígado que inteligencia-, que perdimos la oportunidad de establecer un marco de referencia que de hecho nos permitiera entender mejor ese proceso y a la tecnología como tal más allá de una coyuntura espacio-temporal.

En la obra de McLuhan, y en lo que en la Media Ecology Association han desarrollado, he encontrado una visión relativamente atemporal que puede resultar profética, esto es, no sólo puede ayudar a comprender el estado de las cosas respecto a nuestra compleja relación con nuestras creaciones ahora, sino también a entender lo que puede pasar. De ahí parte el concepto de ‘actividad termostática’ que Postman (1984) pide para la educación, pues la comprensión del entorno y la visión para entender lo que puede pasar, exige una entidad que no sólo muestre el punto de vista opuesto, sino que no nos permita caer en sueños dogmáticos y descaradamente optimistas que al final pongan al hombre al final con cualquier tecnología.

La manera en que gracias a nuestras invenciones nos recreamos es sumamente importante, resulta ingenuo y hasta corto de miras, pensar que todo sigue igual, incluyendo por supuesto nuestra forma de acercarnos e interactuar con el mundo. Como señala el poeta chileno Pablo Neruda, *Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.*

Finalmente, es absurdo que la filosofía, la sociología y los estudios sobre la comunicación, permanezcan sólo para unos cuantos, es necesario que este conocimiento, tanto teórico como aplicado, sea transmitido y entendido por las personas. Más allá de discusiones academicistas y escolásticas, francamente inútiles en estos días, la visión de la ecología de los medios deba abrirse y considerarse hoy como una materia prima elemental a enseñar no sólo en las escuelas, sino como una formación elemental ciudadana, política y social para las personas.

Para finalizar, es posible añadir tres conclusiones muy breves. Primero que el desencantamiento de esta época persistirá en la medida en que no nos reencantemos con lo que tenemos y con lo que somos. Si una de las diferencias de la época postkantiana es la de superar lo trascendente por lo trascendental y hemos decidido seguir esa lógica, es preciso restaurar lo que consideramos como valioso fundamentado no en principios metafísicos, sino en la razón y lo que como especie humana tenemos. Entender que el sentido lo

podemos experimentar individualmente, pero es algo que sólo se alcanza cuando se pone al servicio de los demás.

En el mismo sentido, desdeñar el potencial que tenemos como creadores con nuestras herramientas a causa de un abuso en su producción y uso es equivocar el debate. El problema no es la herramienta, somos los creadores y usuarios, nosotros todos. Comprender lo que la herramienta hará con nosotros, la forma en cómo modificará nuestro ecosistema y considerar siempre el enfoque humano debe ser lo que nos conduzca en su desarrollo y uso.

Finalmente, si hoy con la ayuda de nuestras herramientas, nos ilusiona y entusiasma el acercarnos más a hacer realidad el viejo apotegma aristotélico acerca del natural deseo de saber por parte de los hombres ¿por qué no hemos acercado más estas ideas a los demás? Se trata de un acto ético que fundamentado en el diálogo, debe estar al servicio de los demás para ayudarlos a comprender y transformar su realidad de una manera mucho más armónica y justa. Si en la búsqueda de nuestros nuevos referentes la tecnología juega un papel muy importante ¿por qué no darnos un marco de referencia para tenerla como aliada, hacerla más útil y valorarla en su justa dimensión?

Referencias.

- Bilbeny, N. (2005). *La revolución en la ética*. Barcelona: Anagrama.
- Ferry, L. (2005). *¿Qué es una vida realizada?*. Barcelona: Paidós.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. México: Planeta.
- Islas, O. (2008). Marshall McLuhan y la complejidad digital. *Razón y Palabra*, 63. Recuperado: de <http://www.razonypalabra.org.mx/n63/varia/oislas.html>
- Lévy, P. (2004). *Inteligencia colectiva*. Washington: OPS.
- Lipovetsky (1986). *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- Logan, R. (2013). *McLuhan misunderstood*. Toronto: Key Publishing House.
- Liotard, J. (1984). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Morin, E. (1996). *El paradigma perdido*. Barcelona: Kairós.
- Nicol, E. (1974). *Metafísica de la expresión*. México: FCE.
- Nicol, E. (1977). *La idea del hombre*. México: FCE.
- Ordóñez, J. (2001). *Ciencia, tecnología e historia: relaciones y diferencias*. México: Ariel.
- Postman, N. (1984). *La enseñanza como actividad de conservación de la cultura*. México: Roca.
- Postman, N. (1998). *Five things We need to know about technological change*. Recuperado el 25 de febrero de 2015 de: <https://www.student.cs.uwaterloo.ca/~cs492/papers/neil-postman--five-things.html>

¹ Director del Departamento de Comunicación y Arte Digital. Tecnológico de Monterrey Campus Estado de México, México, Director adjunto de la revista web Razón y Palabra: aocampo@itesm.mx